

3 – Visito la aldea de La Malène al borde del Tarn. Subo a los panoramas de Roc des Hourtois y du Serre. Continúo por el Tarn visitando las aldeas de: Saint-Chély, Ste-Énimie, Prades, Castelbouc, Ispagnac, Quezac y Florac. Descubro la Corniche des Cévennes y sus panoramas. Retorno al Tarn y en Le Pont De Montvert me despido de este extraordinario río.

LA MALÈNE



Alcané la población de La Malène, encrucijada entre la Causse de Sauveterre y la Cause Méjean y antiguo punto de intersección de rutas. Aun hoy inmensos rebaños de ganado cruzan su puente en primavera y otoño en el ancestral rito de la trashumancia.

La Malène está situada en un valle abierto que facilita su accesibilidad entre las mesetas y en un precioso emplazamiento a orillas del Tarn. A modo de carretera, el río fue usado como medio de transporte e intercambio de productos entre las aldeas del Tarn.

Con el uso del río se desarrolló el antiguo oficio de Les Bateliers, que con sus barcazas de quilla plana, fueron el medio de transporte de una orilla a otra o entre las aldeas para el transporte de ganado, mercancías de todo tipo y de personas. Su uso era un negocio familiar transmitido de padres a hijos. Hoy se ha convertido en un reclamo turístico y una bonita forma de visitar Le Cirque de Baume ya que el barquero ejerce también de guía.

La villa es un núcleo importante turístico en Tarn, ya que junto a la oferta de Les Bateliers, se une la de alquileres de kayak que inician su viaje río abajo durante 8 km en su visita al extraordinario circo de Baumes. También tiene como atractivo su playa de guijarros y las numerosas rutas de senderismo que parten o pasan por aquí en dirección al Cirque de Baumes o suben a Les Causses.





A mi llegada estacioné en la gran explanada que hay al borde del río y próxima al puente y a la villa. La luz del sol cristalizaba en una profusión de puntos brillantes sobre el Tarn y me aproximé al puente para realizar algunas fotos. Las aguas estaban tranquilas y límpidas; la visibilidad era excepcional.

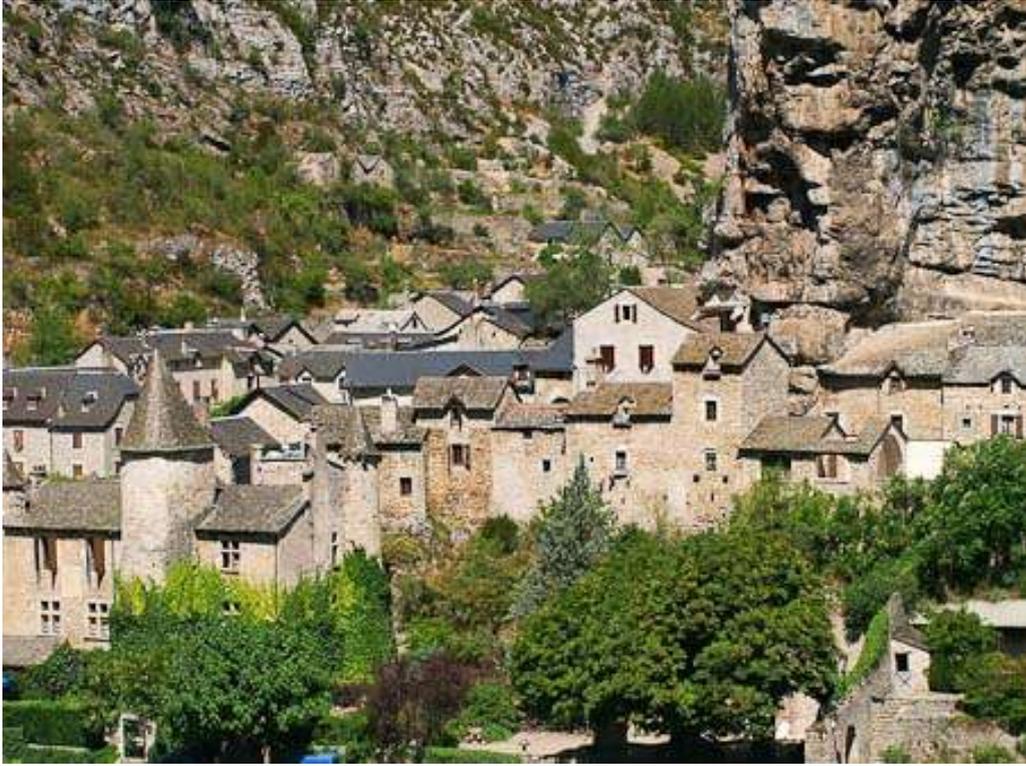
El lugar era una estampa de tranquilidad cuya paz no se veía perturbada más que por las numerosas familias cuyos niños disfrutaban de las embarcaciones multicolores, jugaban y se divertían rodeados de esta bella naturaleza envuelta de serenidad.

Y realmente tuve envidia de la bella actividad de visitar le Tarn desde otra perspectiva, recorriendo en canoa al filo del agua estos paisajes espectaculares jalonados por parajes extraordinarios al pie de estas murallas y siguiendo el tranquilo ritmo que marca el curso del agua.

En el mismo puente había una oficina de turismo que proporcionaba información sobre las dos empresas de kayak que rivalizan en este lugar. También informan sobre el paseo en la barca plana de les Bateliers, otra posibilidad de visitar Le Cirque de Baume sin esfuerzo ni mojarse.

Antes de recorrer la villa me acomodé en la orilla pedregosa, encandilado por el murmullo del fluir del agua mientras las piraguas se dejaban llevar por la corriente.



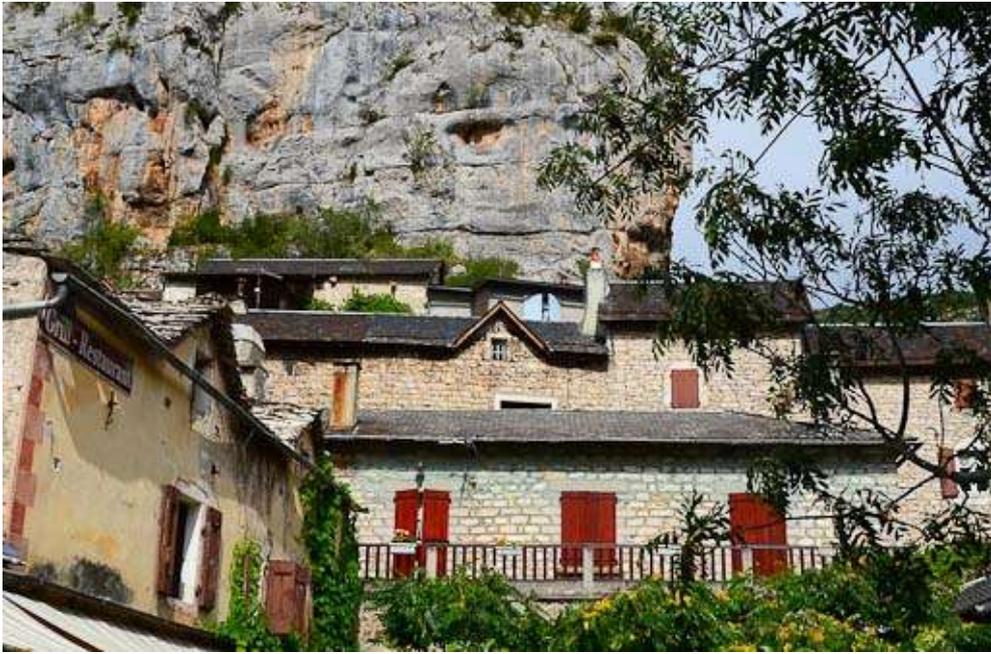


La calidez del sol inundaba la bella aldea, cuya arquitectura parecía haberse fundido en el paisaje. Entre su característico caserío, resaltaba una bella casona solariega con un torreón y que destacaba al pie de la roca de la Barre. Durante siglos los señores de Montesquiou edificaron sus castillos a lo largo del Tarn.

En el renacimiento edificaron, en el 1600, el castillo residencia de La Malène que mostraba con sus torres el poder de esta familia. Con su presencia y el prestigio de su nombre se elevó la categoría esta pequeña villa. Hasta la llegada de la revolución francesa.

Los habitantes no recibieron con gusto el nuevo cambio y en consecuencia los revolucionarios pasaron a sangre y fuego el país. En 1793, mientras los nobles se refugiaban en las grutas de las paredes del cañón, un destacamento de tropas atacó La Malène y prendió fuego la ciudad. Recuerdo de este incidente son las manchas negras que tienen el espolón rocoso, a causa del hollín indeleble producido por el humo de los aceites almacenados en las casas.







El pueblo ha mantenido su sello antiguo de angostas y retorcidas calles con pequeñas casas cuyos muros de losas de piedra, que asemejaban ser una prolongación del farallón rocoso, se encontraban cubiertas de una áspera y antigua patina. Muchas de estas casas compartían pared con la misma roca y algunas usaban como cuarto tabique la propia roca a la que se encuentran adosadas.

Caminaba entre sinuosas y estrechas callejuelas rodeado de típicas casas llenas de pintoresco encanto medieval... por lo rustico de su construcción y su destacada situación debajo de la roca.

Macetas de flores y enredaderas conferían un toque de color y frescura a estas toscas piedras, árboles frutales se asomaban por encima de algunas tapias.

Saliendo de este intrincado laberinto de callejas, en las calles más amplias aparecía algún pequeño restaurante o comercio. La pequeña visita se hacía agradable por la tranquilidad, el silencio y naturalidad de sus retorcidos callejones.



PANORAMA DESDE ROCS DES HOURTOIS ET DU SERRE



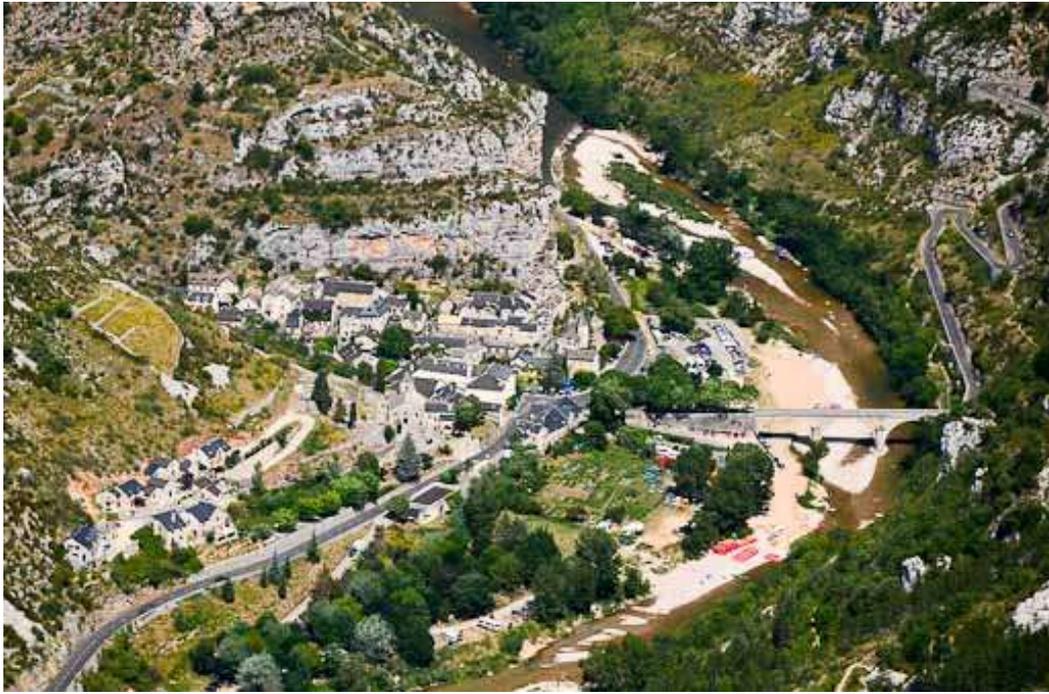
Desde La Malène y cruzando el puente, acometí la fuerte subida a la Causse de Mejean por una carretera en fuerte pendiente que remontaba el desnivel zigzagueando por la ladera de la Causse (también se puede subir a pie por un sendero indicado a la salida del puente, yo he subido tanto por la carretera como por el sendero).

Subiendo disfrutaba de una maravillosa panorámica. Al fondo de la garganta, distinguía la especial ubicación de La Malène incrustada entre las rocas junto a la sinuosa carretera que discurre por el cañón del Tarn. Al otro lado de la carretera divisaba la explanada con el parquin, el Tarn y la playa de guijarros.

Ya superado el fuerte desnivel, me hallaba sobre la meseta de la Cause de Méjean y conducía entre prados, siguiendo la señalización de estos dos puntos panorámicos. Las edificaciones eran pocas y de vez en cuando aparecía alguna granja solitaria.

Siguiendo la indicación de Roc du Serre llegué a un parquin rodeado de un pequeño bosque, la ruta continuaba a pie entre raquíticos arboles adaptados a los duros inviernos de esta meseta. La foresta se despejó súbitamente y el horizonte se amplió y me hallaba sobre unas piedras planas que pendían vertiginosamente al borde del barranco.

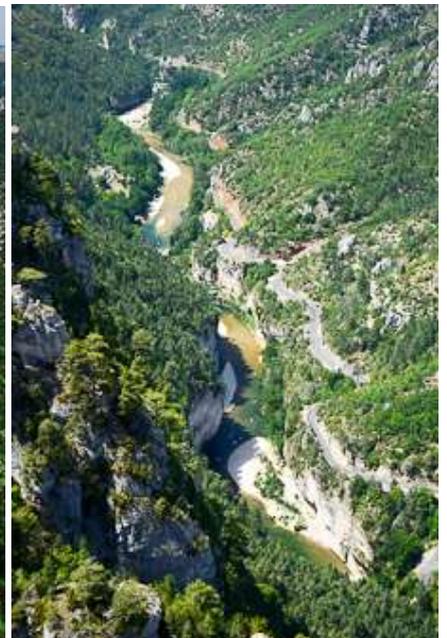




Desde este mirador natural la vista era asombrosa y la sensación... de estar volando. En primer lugar divisaba la aldea de La Malène mimetizada por la afinidad de coloración de la piedra con el del acantilado en el que se apoya. Y la curvada carretera que, tras atravesar el Tarn por el puente, sube por la ladera de la Cause de Méjean. A ambos lados del belvédère el promontorio rocoso se encontraba envuelto por una trama intrincada, densa y laberíntica de arbustos y foresta. Me resulto imposible avanzar más allá de este mirador.

Abandoné este mirador para dirigirme al cercano Roc des Hourtous. Era otro belvédère sobre un promontorio en un lugar privilegiado, un balcón aéreo encaramado a un profundo abismo. El lugar estaba ubicado un pequeño terreno privado con bar, mesas y tienda de recuerdos, había que pagar (recuerdo que muy poquito). Después de atravesar esta pequeña infraestructura, se accedía a un balcón metálico suspendido sobre el precipicio a 450 metros de altura y que dominaba con una vista espectacular el Cirque de Baume y le Dètroits con sus agujas, pináculos y paredes. Tallada en la roca circulaba, sinuosa, la línea gris de la carretera al borde del Tarn.

En esta excepcional escena destacaba el contraste de la árida piedra sometida a la erosión de los elementos y la foresta que ha logrado afianzar sus raíces en estas rocas. En este lugar se escuchaba el silencio, me olvidé de que estaba en la terraza de un bar. Sentía la paz y serenidad que ofrecen los grandes espacios y jugaba con el vértigo asomándome al vacío para ver, en la vertical el cañón, el Tarn comprimido entre sus paredes.



ST-CHÉLY-DU-TARN



De vuelta a La Mâlène continué la ruta remontando el Tarn. Cruzaba el valle al son de los acordes relajantes de la música del CD, una selección de temas para grandes extensiones. La banda sonora de mi viaje. Acomodado al volante y acompañado de melodías que conectaban con mi alma me dejaba trasladar por este paisaje. Una excitación de los sentidos en los que no existía el pasado ni el futuro y las percepciones se ajustan en el ahora, solo al presente.

La sinuosa carretera, muy tranquila, discurría al borde del serpenteante Tarn que, libre de las sombras de los verticales acantilados, brillaba al sol con sus aguas cristalinas, transparentes y serenas bajo un cielo límpido, celeste y luminoso.

La fértil foresta conservaba todavía todo su color, verdes intensos junto a amarillos, colores oscuros o floridos en los campos cultivados. A otro lado del Tarn apareció la aldea de Haute-Rive, silenciosa y apacible, tranquila y misteriosa por su incomunicada ubicación, al carecer de carreteras y accesos que no sean a pie o en canoa.



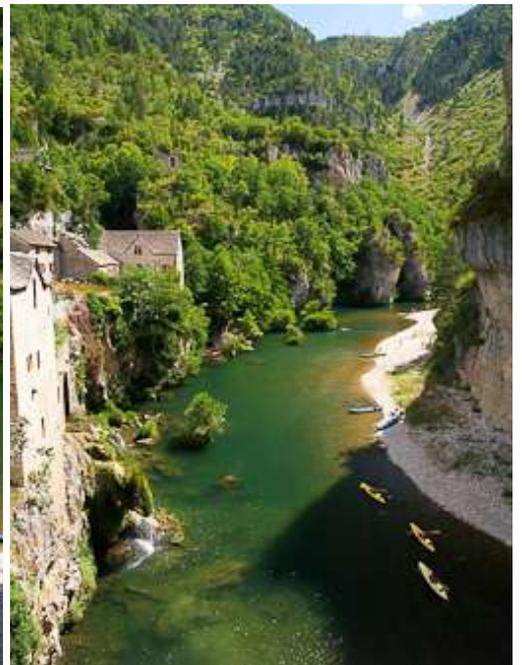


Dejé atrás el bello castillo de La Caze, cuya mejor imagen se obtiene desde el Tarn. La carretera perdió su derecha al entrar en otro escabroso meandro que formaban dos nuevos circos, el Cirque de Pugnadoire al que se adosa la aldea del mismo nombre y cuyas casas se encontraban incrustadas en la roca y el Cirque de St-Chély.

La bonita villa de St-Chély se elevaba en un recodo de la ribera izquierda del Tarn y se encaraba a un gigantesco murallón de piedra que forma un sorprendente acantilado. La carretera salvaba este murallón por un lúgubre túnel y a la salida de esta gruta estacioné para captar una preciosa panorámica de esta magnífica población.

Al pueblo se llegaba por un bonito puente de un solo arco de grandes dimensiones, y desde su vertiginosa altura se descubría la mejor imagen de la ubicación de esta aldea. Su situación, debajo de lomas empinadas que rodeaban la población, donde encaramaban densos y paredes de roca. Varios arroyos, que cruzaban la villa y se desplomaban con hermosura en le Tarn.

Las casas, enfrentadas a la roca, se asoman al Tarn creando una imagen de excepcional belleza. El tipismo arquitectónico competía en encanto con el río y la roca, que forman este bello y maravilloso circo de gigantescas paredes.





Paseando por el pueblo observaba una atractiva arquitectura, muy cuidada y restaurada, con bellas y antiguas casas de piedra que conservaban la encantadora construcción típica de esta región. Los callejones, de adoquines, se retorcían al capricho medieval y los estrechos pasajes me llevaban entre recovecos y plazas.

Un recorrido que me permitió descubrir un conjunto excepcional y que me seducía por su arquitectura y la serenidad que me trasmitía. Encontré una especial paz que me dejaba soñar en una composición atemporal, un mundo íntimamente relacionado con la naturaleza en el que la tierra el sol y el agua proporcionaban la medida de la subsistencia.

Dos arroyos atraviesan sus calles y plazas para ir al encuentro del Tarn, donde se desploman en cascadas. Mientras se deslizaban por sus cauces acotados por veredas de piedra, que asemejaban a los arroyos decorativos de jardines. Transmitían una sensación serena gracias al susurro del agua, el frescor que circundaba el aire de este caluroso día y los olores que emanaban a tierra, musgo y bosque.





Subía por un tortuoso callejón de adoquines, colina arriba, que se bifurcaba en varios senderos que discurrían por las laderas de la Cause entre bosques y acantilados. Uno de estos senderos lleva a la colina de Saint-Chély, con una pequeña capilla bajo un abrigo rocoso, desde donde se observaba una bonita vista.

Este bonito paseo por esta sincera población de innegables encantos, me acerco de vuelta al puente sobre el Tarn. Al lado del puente se halla la iglesia románica del sXI, su campanario cuadrado es el único testigo de un antiguo monasterio desaparecido.





Ambos lados del puente eran un magnífico mirador sobre el Tarn y sus riberas. Me desplazaba de un lado a otro para observar la bella escena del río fluyendo mansamente a sus pies. Las multicolores canoas, que han partido de Sainte-Enimie, recorrían sus orillas pobladas de matorros que formaban ensenadas naturales y hacían su primera etapa en esta población. Los navegantes descubrían sus primeras impresiones en estos acantilados, preludio de las imágenes que les circundarán en el camino al Cirque de Baumes.

Desde el puente observaba la bonita playa de arena que posee esta población, que ofrece un lugar maravilloso para nadar o reposar contemplando este extraordinario acantilado, como el telón de fondo de un escenario gigantesco. Los sonidos de las cascadas que se abatían al Tarn, las palas de las canoas al golpear el agua o los gritos de los niños circulaban como un suave eco por las paredes rocosas del meandro.

Al abandonar esta población, mirando atrás, descubrí un paraje natural de tupidos bosques, un paisaje verde y frondoso por donde afloraba la aldea de Saint-Chély.



STE-ÉNIMIE

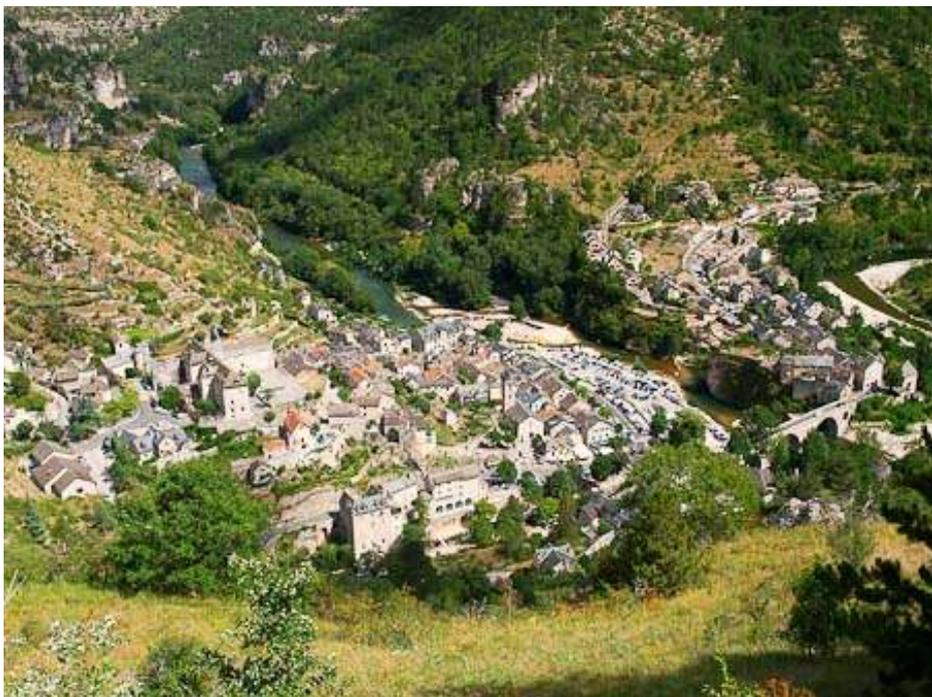


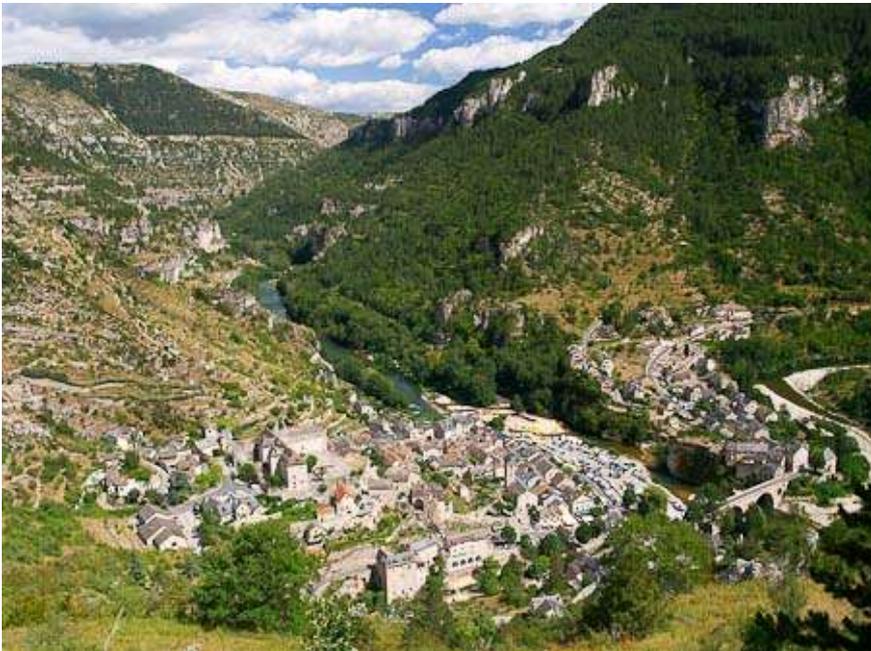
Río arriba y a pocos kilómetros de Saint-Chély, se muestra en todo su esplendor, la población de Sainte-Énimie situada en un hermosísimo meandro, uno de los más bellos del Tarn. Esta villa medieval, bella y engalanada se asienta entre ambas riberas del río, cabalgando sobre el meandro y adosada al flanco de la montaña.

Para contemplar la extraordinaria ubicación de este lugar, remonté la carretera en la ladera de la Causse de Sauverrete dirección a Mende. Esta altura me permitía componer un plano mental de la ciudad y su ubicación.

Y estando en este lugar, como en un acto reflejo, mi mente se llenó de imágenes. Destacaba la fascinante panorámica del tortuoso meandro, sobre el que se situaba Sainte-Enimie, rodeado de un exuberante verdor.

Paredes escarpadas delimitaban el meandro, formando un corredor de 600 metros de profundidad, a lo largo de un cañón de 1,5 km, en el mismo corazón de las gargantas del Tarn. Y el Tarn brillante y luminoso fluía en medio de esta bella composición.



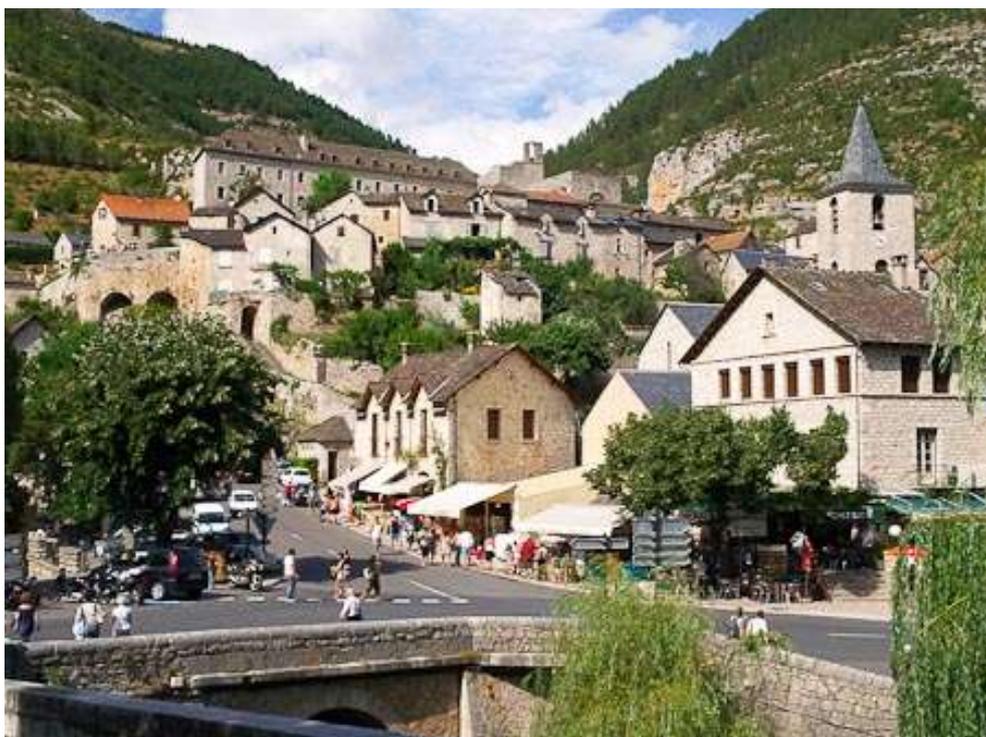


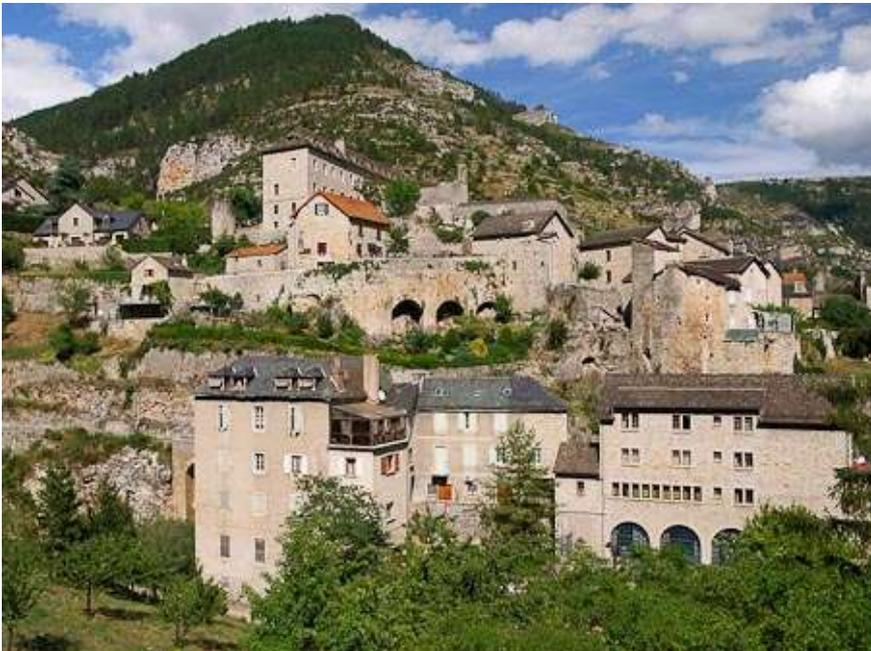


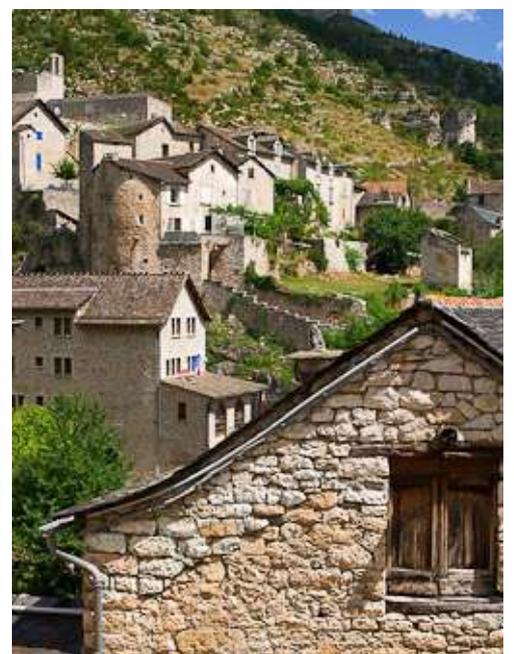
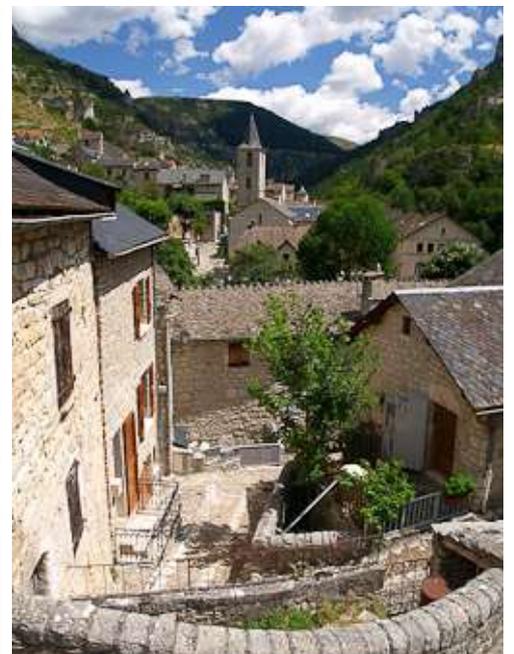
Ste-Énimie es miembro del exclusivo club de “Les Villages Plus Belles de France” y forma parte del patrimonio mundial de la Unesco. Gracias a su particular estilo arquitectónico medieval y su adaptación a los barrancos que la rodean.

Esta población es la joya del Tarn y una de las principales atracciones turísticas de las gargantas. La tranquilidad, con la que viajaba hasta ahora, se rompe por el bullicio turístico y el ruido de los numerosos vehículos que saturan su principal arteria. Junto a numerosos comercios turísticos como heladerías, cafés y restaurantes, souvenirs, productos regionales... Esta actividad turística ofrecía una primera impresión artificiosa, pero que al recorrer sus calles la sensación se convirtió en original y genuina.

Partí hacia el puente para obtener una buena panorámica de la ciudad medieval que se elevaba por la pendiente, insinuándose apasionadamente con sus bellas piedras llenas de luz y color bajo este claro cielo azul. Subía por sus viejas calles empedradas, escaleras que me conducían por pasajes abovedados y que terminaban en encantadoras terrazas, patios y plazas. Una amplia red de viejos, pero remodelados, callejones medievales me conducían a nuevos pasajes abovedados, patios y plazas en una sucesión interminable y laberíntica de un sube y baja por la elevación en la que se asienta Ste-Énimie









Franqueé el casco antiguo entre un mosaico de calles y patios, cada uno más bello que el anterior. Pasaba entre casas talladas con la piedra arenisca del Tarn y sus estrechas callejuelas me llevaban de un fascinante edificio antiguo al siguiente. Cada esquina me descubría un pasado arquitectónico excepcional. A menudo estos caminos parecían ser parte de la roca o literalmente cortados en la misma montaña.

Todo en él invitaba a visitarlo ya que, con sus casas floridas y sus placitas soleadas, provocaban una sensación especial de respeto a estos misteriosos pasajes, intrigantes callejuelas y bonitas plazas.

Los turistas paseaban, con deferencia y silencio, recogidos por la sana imaginación que impregna el alma de esta ciudad. Sus callejuelas son tranquilas pero divertidas, llenas de una silenciosa actividad que invitaban a una desenfadada exploración a través de sus rincones.

Lugares que se convertían en bonitos miradores sobre los tejados de la ciudad, de la aldea y todo el valle. Con las frondosas montañas sirviendo de telón de fondo en este decorado natural.







Este pueblo medieval debe su nombre a la leyenda de Sainte Énimie. Esta santa era la hermana del rey merovingio Dagoberto, que estando enferma de la lepra fue curada milagrosamente, por indicación de un ángel, al bañarse en la fuente de la Burle, un arroyo afluente del río Tarn. En agradecimiento a la intervención divina, la princesa Énimie decidió quedarse a vivir aquí.

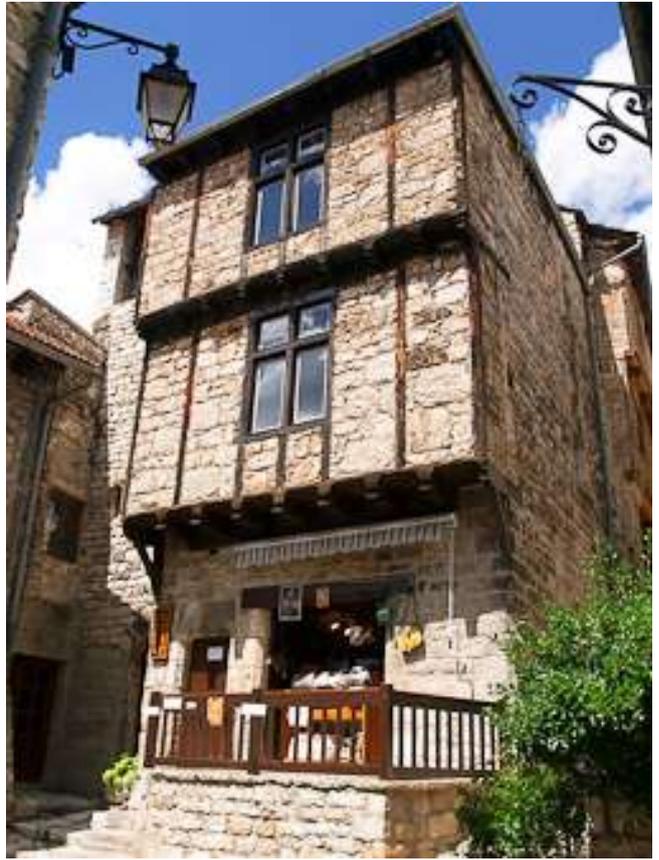
Según cuenta la leyenda, la princesa hizo construir el convento benedictino que corona la población. El emplazamiento de la fuente y la abadía fueron transformándose, poco a poco, en la aldea.

Gran parte del día lo pasé recorriendo estas calles, descansando en sus plazas o fantaseando en sus terrazas. A la hora del almuerzo, los turistas abandonaron el centro histórico y se desplazaron a los restaurantes al borde de la carretera. En este instante un pesado silencio se impuso en las calles, casi como si la aldea hubiera contenido la respiración.

Habiendo terminado la visita de la aldea disfruté, este momento de letargo turístico, para realizar otro recorrido mágico por sus adorables callejuelas, sus seductoras plazas desiertas de las que recuerdo aun hoy conmovido la paz, el color y brillo que irradiaba el lugar.







Paseando por sus callejuelas escrutaba el interior de las viviendas, a través de sus portones abiertos, y descubriría bonitos jardines interiores con esculturas y fuentes. Siendo algunos de estos patios lugares de exposición de obras de artistas y artesanos.

Ste-Énimie está orgullosa de su pasado y su patrimonio expuesto por la riqueza de sus construcciones, la piedra esculpida en sus paredes, en los dinteles, columnas y capiteles de sus puertas y ventanas, sus muros colgados sobre el barranco...



PRADES



A cuatro kilómetros de Sainte-Énimie y en un lugar magnífico rodeado de naturaleza y vegetación salvaje y virgen, asomaba el castillo de Prades sobre un espolón rocoso en la orilla del Tarn. Su posición era estratégica para el control de la garganta y protección a los accesos a Sainte-Énimie y su Abadía.

Fue construido probablemente a comienzos del s.XIII y siendo transferido como propiedad de la Abadía para su defensa trascendental. Se comprobó su utilidad durante las guerras de religión, en las que solo con una docena de soldados resistió las investidas de las tropas protestantes, y detuvieron su avance por las gorges del Tarn en su camino para la toma y el saqueo de la abadía de Sainte-Énimie. Su importancia también la demuestra por haber sido la residencia de los Abades del monasterio, del administrador de Julio de la Rovere, futuro Papa Julio II (el de la capilla Sixtina) y el Papa Urbano V nacido en estas tierras.





Una pequeña, pintoresca y discreta aldea duerme tranquilamente lejos del bullicio turístico de su vecina Sainte-Énimie. Pequeños callejones solitarios bajan y suben bordeando las paredes del castillo, a ambos lados de las callejuelas surgían residencias que parecían ser de alquiler vacacional y con privilegiados accesos a las aguas del Tarn.



CASTELBOUC



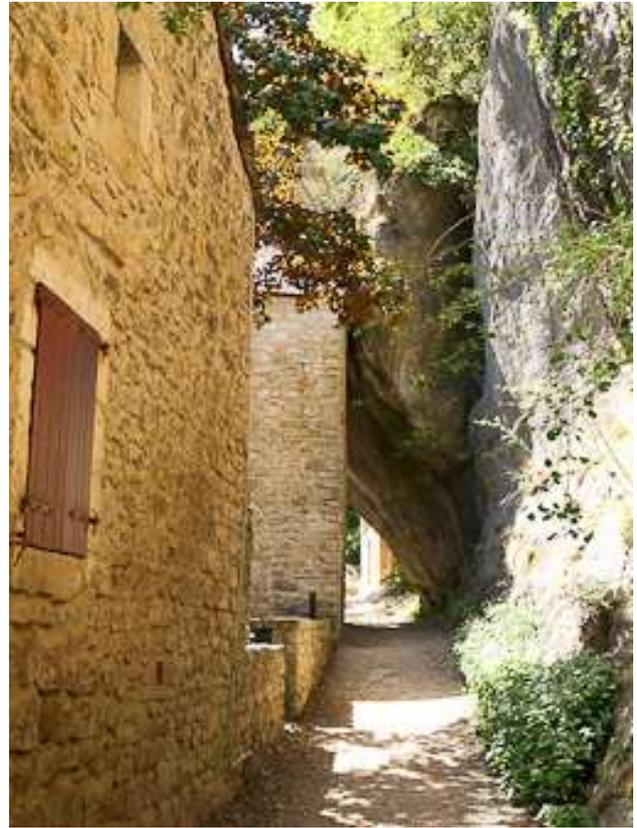
Desde la misma carretera me sorprendió la visión de este sitio, un lugar mágico, atrayente y no exento de misterios y leyendas. Una imagen de fábula y quimera, de película o simplemente, una bella postal.

En la profundidad de la garganta del Tarn, Castelbouc emergía atrapada entre el Tarn y el afloramiento rocoso al que se aferran sus casas. Sobre un alto pitón rocoso apuntaba la romántica ruina de un castillo, que posee su propia leyenda, un fantasma y su arcano misterio.

Un desvío de la carretera descendía por un precario camino que conducía a un sencillo puente sumergible, que me permitía salvar el Tarn y estacionar a la entrada de este insólito pueblo.

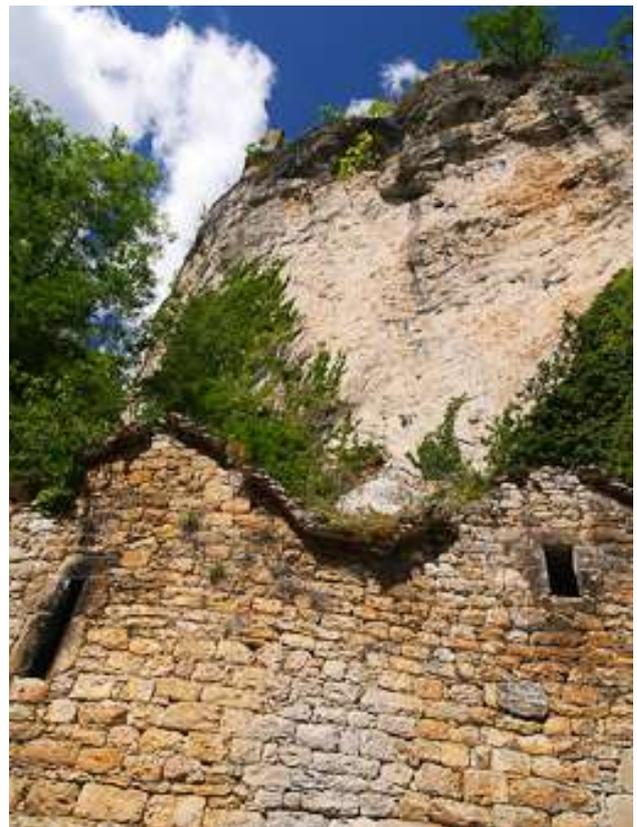
La visita a Castelbouc debería ser rápida ya que el tamaño de Castelbouc, con cerca de 20 casas concentradas en un reducido espacio, pero... este lugar no se visita... si no que se explora, se descubre y se investiga, cada rincón tiene su magia y las paredes de esta aldea troglodita me narraban su propia historia.





Su pequeño centro lo ocupaba la iglesia, algunas amplias casas y el bonito horno comunal todavía en uso. A partir de aquí comenzaba un recorrido en el que se funde lo urbano y lo natural. Las casas se adaptaban al terreno y a la roca con la que en muchos casos compartían pared. Sinuosos senderos me llevaban, por este lugar de fantasía, entre piedras talladas, colosales rocas y llamativas forestas.

Las vistas desde el Tarn son de un romanticismo sin igual e invitaban a la contemplación. El río discurría plácidamente con un suave susurro y la luz del sol que se reflejaba en titilantes destellos sobre el agua. Las fachadas de las casas se asomaban al río en un precario equilibrio sobre la piedra caliza erosionada por la corriente del Tarn... y sobre el alto acantilado sobresaliendo, las ruinas del inaccesible castillo.





Su arquitectura sigue el mismo tipismo del Tarn donde la piedra caliza es omnipresente. Las casas están construidas enteramente en piedra del lugar, de gruesas paredes y robustos edificios con techos de pizarra o piedras planas y generalmente construidas en tres niveles. La planta baja para el ganado la artesanía y los diferentes oficios, el primer piso suele ser accesible por una escalera en el exterior y conduce a la vivienda sobre la que se encuentra el ático y granero.

Sentía admiración por el cuidado, el gusto y el detalle en la remodelación de las viviendas, que confería a un edificio de basta construcción pero fuerte factura, en un lugar confortable y pintoresco cuyos habitantes cuidan y miman.

Las piedras limpias y pulidas, estupendas ventanas y contraventanas, las calles cuidadosamente empedradas con guijarros sacados del Tarn, poseían un canalón central para el conducto de las aguas de lluvia. Y todo engalanado con hiedras, plantas trepadoras y macetas de flores.

La naturalidad es total, mientras paseaba por esta encantadora aldea no advertía ninguna extraña infraestructura turística, no hallé letreros ni publicidad. Nada desentonaba o destacaba sobre las añejas paredes de sus casas.





El castillo, en lo alto del risco, fue desmantelado en el s.XVI. Hoy es inaccesible y gracias a esta soledad su leyenda se mantiene viva:

En el siglo 11 recorre estas tierras un interés inusitado en ir a las cruzadas, los barones, señores, aldeanos, pastores, mendigos y ladrones marchan a tierra santa. Raymond, señor del castillo apela que no está hecho para llevar armas que no es un guerrero, se niega al esfuerzo de la guerra, el sufrimiento, dolor, cansancio y sudor. Él es un poeta y trovador y se queda solo en el castillo. Las mujeres de la aldea se sienten tristes abandonadas en la soledad de las noches por sus hombres ausentes y solicitan la ayuda "galante" de su señor. El castillo se convierte en un lugar de peregrinación de mujeres enfermas de amor. Pero tanta complacencia del galante señor lo debilita, agota, enferma y muere.

Al día siguiente las mujeres afirmaron que un macho cabrío (en francés Bouc y símbolo de virilidad) rondaba las murallas del castillo y declamaron "Es el alma del señor Raymond". Desde este fatídico día uno puede oír, en noches de luna, sobre las ruinas del castillo un balido quejumbroso seguido por extraños susurros de mujeres... Y esta leyenda es la que da nombre al castillo y población "Castel Bouc".



ISPAGNAC



Llegué a esta sincera y encantadora aldea que posee un área gratuita de AC, todo un lujo próximo a Les Gorges du Tarn. Para el recorrido, descrito hasta ahora, había usado esta área como punto de pernocta para la visita de la parte superior de las gargantas.

A causa de la fatiga que produce la visita de las Gorges: conducir, parar, aparcar, bajar, visitar, subir al vehículo y continuar viaje, aprovechaba este lugar para realizar descansos y cortos paseos. Esta bella y tranquila aldea disponía de una discreta oferta turística: una oficina de turismo, un supermercado y algunas terrazas en la plaza.

Ispagnac se encuentra en el cruce de las gargantas del Tarn y el parque nacional del Cévennes. En este lugar el Tarn se abre en un amplio valle, que en su origen era un gran lago cuya masa líquida se abrió paso por las gargantas del Tarn, cuando el cañón se ensancho. Llegó el día en que el lago se secó y los humerales desecados tomaron posesión de la ribera, transformándolo en un rico valle.

Hoy los campos están repletos de cultivos y árboles frutales, cerezos, melocotones, manzanos, peras o vides que invaden la gran planicie y dota de riqueza a los pueblos que lo ocupan.





Las calles centenarias de Ispagnac me enseñaron las huellas de un pasado violento. Aquí y haya aparecían los restos de puertas y fortificaciones con las que esta población se defendió y sobrevivió a las diferentes contiendas. Primero la guerra de los cien años entre franceses e ingleses y posteriormente en 1580 la ciudad de Ispagnac sufrió las guerras civiles religiosas. Los protestantes la asediaron pero sus defensas resistieron los embistes. Hoy, algunas plazas ocupan el solar donde se erigían antiguas viviendas destruidas y fortificaciones posteriormente demolidas.

Las calles más estrechas, desvincijadas e intrincadas pertenecientes a aquella época, me llevaban por estrechos pasadizos a pequeños cultivos, huertas y jardines. Las calles nuevas, aquellas que se desarrollaron en la paz y aumentaron los suburbios de la aldea, me enseñaban pequeños detalles renacentistas en ventanales y pórticos. Estas calles, por su importancia al encontrarse en el eje que atravesaba el valle, eran las que toleraban el mayor tránsito de bienes y personas. Siendo sus portales lugares de oficios, ocupados por artesanos como herreros, carreteros, zapateros, postas...

Junto a los cultivos, la mayor fuente de riqueza de Ispagnac era el ganado, cuya impronta aparece también en la calle recordada hoy con el nombre de la Blancairie, por ser donde se blanqueaba las pieles de oveja de les Causses. Se hilaba y tejía su lana, se preparaba su carne, leche y queso que posteriormente se vendían en las ferias.











Numerosas casas conservan en el ático las poleas con las que subían la paja, grano y alimentos. Mientras que en la parte baja se usaba para guardar el ganado principalmente cabras, ovejas, cerdos o pollos. En los sótanos se encontraban las bodegas donde conservaban el vino y los quesos de cabra y oveja.

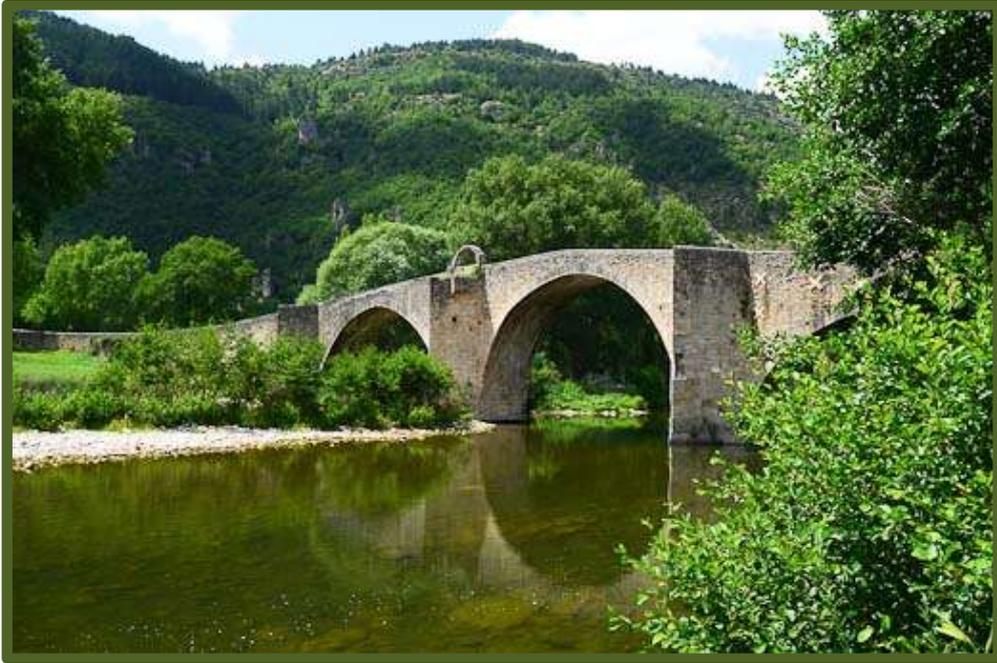
Caminaba por estas calles admirando el estilo de esta arquitectura y el testimonio de su historia y oficios. El silencio rondaba por sus calles, contribuyendo a este sentimiento que penetraba dentro de mí. Un estremecimiento de reconocimiento... como las imágenes dentro de una pintura que permiten seguir observándolas eternamente.

Rebasé las “avenidas” de la aldea hasta llegar a uno de los antiguos pasajes que llevan a los campos. Descendía por un camino, malamente empedrado, y rodeado de antiguos muros de piedra sin tallar, que me separan de bellos jardines privados, y que en la antigüedad fuesen huertos. Desaparecieron los adoquines y el camino se transformó en sendero. Me encontraba en pleno campo.

El día era precioso, había amanecido brumoso pero la mañana había limpiando el cielo y liberando al sol de su manto nuboso. Los colores, brillos y matices destacan con fuerza en los campos multicolores. Pasaba entre huertas y jardines que colindan con las viviendas exteriores de la población. Continué por un agradable sendero rural en el que árboles frutales salvajes me ofrecían sus jugos. En un corto recorrido, rodeado de una bella foresta natural de pastos para el ganado y hermosos cultivos nacidos de esta rica tierra, me aproximé al Tarn. Siguiendo su curso acompañado por el gorgoteo de la corriente comencé a vislumbrar a lo lejos un bello puente gótico, el puente de Quézac.



QUÉZAC



Notre Dame de Quézac en su origen era una pequeña capilla del s.XI, durante siglos el culto a la virgen de Quézac se popularizó. Los peregrinos, que se dirigían a Santiago de Compostela, se desviaban de su ruta para rendir el culto mariano a esta virgen y los romeros cruzaban el Tarn por un vado el cual en épocas de crecidas suponía un serio peligro, muriendo muchos ahogados.

El Papa Urbano V, nativo del Tarn y nacido cerca de la población de Pont de Montvert, gracias a la cercanía de la sede pontificia (era uno de los Papas de Avignon) visitaba a menudo estas tierras y preocupado por las dificultades de los peregrinos ordenó la construcción del puente en 1395. Anteriormente el mismo Papa había transformado la humilde capilla del 1052 en una colegiata rodeada de fortificaciones, murallas y cañones.

Pero, siendo todo arruinado, colegiata, convento y parroquia en los siglos posteriores. Primero los protestantes sitiaron la colegiata bombardeándola y prendiéndola fuego, desapareciendo la venerada imagen. Reconstruida en el s.XVI en estilo gótico y con una reproducción de la virgen, fue asaltada y saqueada durante la revolución francesa y destruidos su portal y esculturas. La escultura de la virgen de Quézac, que hoy se reverencia, fue salvada y ocultada por un niño. Hoy la iglesia, ubicada en el centro de la aldea, tenía un aspecto moderno al que no le proporcione mucho interés.





Este bonito paseo, a pie desde Ispagnac, y rodeado de un precioso entorno natural privilegiado, me llevaba al puente medieval de Quézac con sus magníficos 6 arcos góticos y clasificado como monumento histórico.

Al cruzar el puente descubrí otra amplia panorámica del Tarn y el rico valle que rodea Quézac. Este valle goza de un microclima suave y soleado que fomenta el desarrollo de una exuberante foresta y una abundante agricultura.

Continuando la carretera llegué a la aldea de Quézac, que extendía sus casas a lo largo de su calle central. Encontré una aldea rural bellamente construida y conservada con hermosas puertas talladas en piedra y bellas fuentes de agua, algunas figuras de la virgen aparecían en las esquinas de las casas.

Quézac es una aldea rodeada de ricos cultivos, viñedos, hermosos huertos y además un lugar donde se destila la Lavanda de la Causse de Sauveterre... pero me encontré caminando por una aldea fantasma.

Reinaba la calma, las calles estaban vacías, los postigos cerrados y ardía el calor. Un calor que asolaba la aldea, el campo y los bosques colindantes provocando un pesado silencio en el que la vida perdía vigor. Pero gracias a la falta del bullicio turístico y lugareño, este lugar me pareció precioso y admirable, como un museo vacío de visitas. Las fachadas de sus viviendas poseían el aspecto desgastado y cálido de los objetos usados.

Volví por el mismo camino a Ispagnac, rodeado de la intensa luz del sol del mediodía.





FLORAC



Saliendo de Ispagnac el paisaje cambiaba. Abandoné el cañón que he seguido hasta ahora y continuaba el viaje flanqueado por las fuertes pendientes de la Cause Méjean y las estribaciones del macizo del Cévennes.

Aquellos, que amantes del shopping, se hayan aburrido en las aldeas solitarias del Tarn, en este lugar tienen la posibilidad de resarcirse de su frustración con numerosas tiendas, comercios, ferias y mercados, festivales y actividades turísticas y de ocio de aventura.

A la entrada de la población hallé un amplio centro comercial donde me abastecí de algún producto fresco, y marché directamente a la estupenda área de AC instalada en un parquin escalonado. El área poseía unos baños extraordinariamente limpios y cuidados.

Florac se encuentra ubicada en una extensa zona verde en la confluencia de cuatro ríos y arroyos, la source du Pêcher que es un resurgimiento de la Causse de Méjean, el tarnon, la Mimente y el Tarn. También es la confluencia de tres grandes zonas naturales de Francia, Les Causses y las gargantas del Tarn, Le Mont Lozere y Les Cévennes. Siendo la capital de un entorno privilegiado, razón por la cual Florac recibe el nombre de cruce de caminos de piedra y agua. Esta excelente ubicación le da a esta población un encanto especial y una gran diversidad de paisajes para practicar deportes de naturaleza.





Recorría la ciudad, siguiendo el sendero histórico balizado que contornea los principales puntos de interés, entre antiguas piedras y restos de su historia. Paseaba por su casco antiguo descubriendo un pasado tumultuoso entre fuentes, arroyos y resurgimientos de agua que formaban cascadas y pozas. Como la fuente del Pêcher que brota en el corazón de la ciudad y con sus cascadas refrescaban el cálido ambiente de este día.

En su lago abundan las grandes truchas y era un bonito lugar para sentarse a reposar bajo un dosel de árboles... y hacer un picnic con lo comprado anteriormente en el supermercado.

La ciudad, siempre en constante crecimiento, sufrió las agresiones de la guerra de los cien años y posteriormente el asalto de compañías de bandoleros. Para su protección se erigió el castillo y se elevaron las murallas pero aun así es destruida en 1363. Las murallas son reconstruidas al año siguiente con la ayuda del Papa Urbano V, mostrando este Papa el apego a su país natal.

Con la llegada de la reforma protestante la población, en su mayoría, da la bienvenida a las nuevas ideas religiosas creando la primera iglesia protestante en 1560. Pero, al ser declarada esta nueva religión como herejía, ocasionara durante los años 1569 a 1598 unas sangrientas luchas de religión en toda la región.

La terrible guerra civil, que implica a todas las aldeas del Tarn en uno u otro bando, termina con la publicación del edicto de Nantes. Edicto promulgado por Enrique IV en el que se reconoce la libertad de conciencia.





Con la muerte Enrique IV se reanuda la guerra civil. Luis XIII influenciado por el Cardenal Richelieu y posteriormente con Luis XIV se eliminaron los lugares de culto protestantes y sus murallas fueron derruidas.

Con la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV con su lema de “una sola fe- una ley- un único rey” se prohibió el culto protestante y los protestantes muertos son desenterrados de los cementerios y vueltos a enterrar en las fincas privadas de familiares. Por el paseo que estaba realizando se vislumbran alguna de estas tumbas en lo que ahora son jardines de la población.

Sin embargo los habitantes del Cévennes, siendo de carácter obstinado, mantuvieron el culto clandestino originando una fuerte represión católica y la respuesta protestante con la revuelta de los Camisards... de la que hablare más tarde visitando la población de Le Pont de Montvert que fue origen de esta revuelta.

Mientras, gozaba del paseo por sus animadas plazas y callejuelas, de una arquitectura escueta y campesina. Disfrutaba de sus arroyos de manantial a la vez que en la oficina de turismo localizaba mapas de la zona, visitaba alguna librería para ver rutas y planos de montaña.

Y recorriendo sus pasajes llegué a la colina donde se ubica el castillo de Florac, lugar donde se encuentra el centro de interpretación de Los Cévennes. Pernocté en la agradable área de AC y al día siguiente marché a visitar la Corniche des Cévennes.





CORNICHE DES CÉVENNES



La ruta denominada “Corniche des Cévennes” une las poblaciones de Florac y St-Jean-du-Gard, que se encuentra a 52 km de distancia. La carretera fue construida a principios del s.18 por las tropas de Luis XIV, durante las guerras de religión, para permitir un acceso rápido y seguro en esta tierra de gargantas propicias a las emboscadas. La ruta, al discurrir por una cresta, posibilitaba una amplia panorámica del entorno que evitaba sorpresas, dominio sobre los valles, facilidad para el movimiento de tropas y de penetración rápida al corazón del Cévennes para someter a las poblaciones protestantes (lo relatado en la visita a Florac).

Esta antigua carretera militar, sin asfaltar hasta los años 60, se vende como un atractivo turístico del Cévennes. Saliendo de Florac por la D907 y siguiendo la señalización de la Corniche o St Jean du Gard remonté el valle du Tarnon (uno de los arroyos de Florac) al pie de las laderas de la Cause Méjean. La primera población que hallé es St-Laurent de Trèves al pie de un promontorio rocoso, en este lugar la guía me indicaba que se encuentran huellas de dinosaurios pero no las localicé. En cambio, en la búsqueda de estas huellas, trepé a una colina que me ofreció una encantadora perspectiva sobre las tres Causses que me han acompañado durante el recorrido del Tarn. La Cause Noir, la Méjean, la Sauveterre y también los montes de Aigoual y Lozere.





La ruta continuaba, serpenteando sobre los valles, con espaciosas y abiertas vistas a ambos lados de la carretera. Desde el vehículo contemplaba el sosiego que recorría los páramos naturales, bosques que parecían poseer el extraordinario don de la soledad. Panoramas que eran un placer de hermoso paisaje de naturaleza en una zona tranquila y verde. El tráfico que encontré era poco o nulo y la carretera discurría por una amplia meseta de hermosas praderas barridas por los vientos que se abrían a grandes abismos llenos de silencio. A lo largo de la ruta no había poblaciones debido a lo expuesto de la climatología.

En el Col du Rey, en un paisaje salvaje de landas contorneadas de rocas, se encuentra el lugar donde cientos de “Les Camisards” se agruparon para enfrentarse al ejército real el 23 de septiembre de 1689 en Florac. Un intento que fracasó pero que sirvió de anuncio a una nueva rebelión armada por la libertad de conciencia (en la próxima población comentare este hecho).

En el Col des Faisses me detuve para contemplar otra bella panorámica del Cévennes y un poco más adelante encontré un parquin con una tabla panorámica desde donde la vista era magnífica. Divisaba el Mont Lozere, la Valle Francaise y el macizo de L’Aigoual.

La cresta continuaba, siempre horizontal, con impresionantes paisajes a los valles donde aparecían pequeñas granjas aisladas. Poco antes de que la carretera inicié el descenso retorné por la misma cresta a Florac.



LE PONT DE MONTVERT



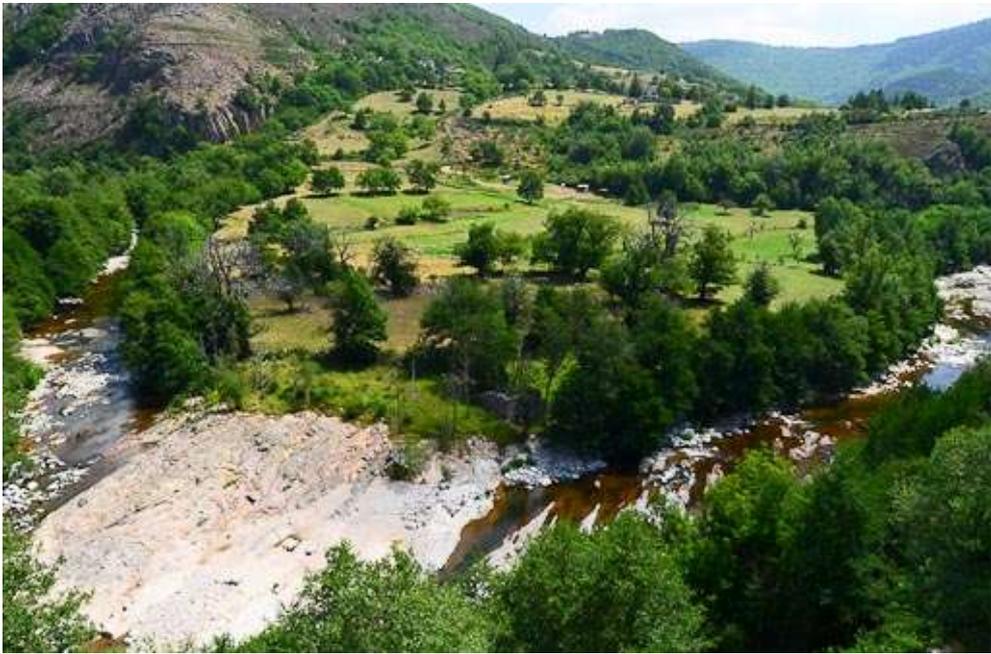
Desde Florac una bonita carretera de montaña avanzaba, en el alto valle del Tarn, por un estrecho corte practicado en la montaña. Lejos de Les Grandes Causses, los acantilados desaparecían dando lugar a un Tarn resaltado por un precioso horizonte. La vista se abría, en una gran extensión de paisaje, permitiéndome contemplar una gran perspectiva de cielos azules; bajo los que yacen las altas cumbres, de verdes intensos, del macizo de los Cevennes y Les Grandes Causses.

Viajaba por las estribaciones del Mont Lozère seducido por preciosas imágenes de prados y grandes extensiones de bosques; siempre acompañado por la sinuosa línea de un escuálido Tarn, ahora más semejante a un arroyo de montaña. El Tarn, sin las constricciones de acantilados, discurría libremente al borde de bonitos campos, suaves meandros que dotaban de perspectiva un recorrido silencioso, suave y tranquilo.

La soledad de este lugar era impresionante, las cayac y los turistas han desaparecido y solo alguna familia disfrutaba de esta serenidad en pequeñas ensenadas desiertas. Realicé pequeñas paradas para disfrutar de estos magníficos paisajes y admirar estos amplios horizontes que me rodeaban.

El Tarn desaparecía en un boscoso valle, al pie de las laderas del Mont Lozère, solo escuchaba como se rompía en pequeñas cascadas salvajes. Pasado este tupido bosque aparecieron las primeras casas de la aldea de Le Pont de Montvert.









Situada a los pies de la vertiente sur del Mont Lozère a 878 metros de altitud y próximo a las fuentes del Tarn, el Pont de Montvert es la primera población bañada por el Tarn. Los arroyos y canales que lo atraviesan forman parte del encanto de esta aldea.

Caminaba por sus empinadas callejuelas, calles estrechas, pasajes bajo bóvedas, callejas de desvencijados adoquines que desaparecían en prados, huertas y campos frutales, o simplemente se transforman en senderos de montaña. Exploré la aldea acompañado del granito gris de las altas casas que ocupan ambas orillas del Tarn. El río se hallaba repleto de rocas, arbustos o hierbas que reducían su cauce a pequeños charcos de agua donde una capa de líquenes enturbiaba su superficie.

En definitiva, Le Pont de Montvert se trata de una aldea de montaña que con sus caseríos da testimonio de la arquitectura típica de antaño y que ofrece un entorno con una gran variedad de bellos paisajes.

El centro del pueblo está dominado por su puente de piedra con su torre del reloj en un extremo. Y en la que se concentra la mayor actividad, con su pequeña plaza utilizada para el mercado con los productos típicos de esta tierra, junto a terrazas, restaurantes y pequeños comercios.

En la oficina de turismo se organizan actividades de randonnes por estos montes con un guía que te informa de su historia, características, fauna y flora.







El puente de piedra del s.XVII, que atraviesa el Tarn, junto a una pequeña torre de piedra que en su día sirvió de casa de peaje, son la imagen más característica de la población. Siendo esta torre la memoria de la revuelta de “Les Camisards”.

En 1702 el abate Du Chayla (sacerdote nombrado por la corona para reconvertir a los contumaces protestantes rebelados contra la revocación del Edicto de Nantes) instaló en este edificio una cámara de tortura para persuadir a los recalcitrantes. Enfurecidos por esta brutalidad, unos cuantos protestantes encabezados por Esprit Séguier (capturado y muerto tiempo después) asaltaron el lugar y mataron al abate un 23 de Julio.

Las represalias fueron terribles, se pasó por las armas a 12.000 Camisards (nombre que evocaba a los largos sayones que llevaban los combatientes como uniformes) y que tras una larga serie de batallas sin piedad y que no terminaron sino con la captura de los últimos líderes en 1705. Los que no fueron ejecutados, terminaron sus días en galeras y las mujeres, condenadas de por vida en la Tour Constance de la ciudadela de Aigues Mortes.

Presenciaba a numerosos grupos de montañeros, que partiendo de este lugar, ascendían a las cumbres del Mont Lozere. Otros llegaban como etapa de un largo camino, emulando al escritor Robert Louis Stevenson, que en 1878 acompañado de un burro recorrió este itinerario entre le Puy y St-Jean-du-Gard por la corniche del Cevennes. La aldea recuerda este hecho. Al marcharme de esta aldea, me despedí del Tarn, compañero de esta parte del viaje. Ahora comencare una ruta en torno al Mont Lozère, pero será en el siguiente capítulo.



